

El Alma del Hombre Bajo el Socialismo

Por

Oscar Wilde

Freeditorial 

La ventaja principal que aportaría la implantación del socialismo sería, indudablemente, el de liberarnos de esa sórdida necesidad de vivir en función de los otros que, en el actual estado de cosas, pesa tanto que nadie puede sustraerse al fenómeno.

De vez en cuando, durante el transcurso de esta centuria un gran científico como Darwin, un gran poeta como Keats, un fino espíritu crítico como el de José Ernesto Renán, un artista supremo como Flaubert, fueron capaces de aislarse del bullicioso universo de reclamos de los demás para vivir «bajo el refugio de un muro», como lo dice Platón en su «Mito de la caverna», acarreando hasta la perfección lo que había en cada uno de ellos, situación que conllevó un gran beneficio al mundo entero. La mayoría de personas estropean sus vidas debido a un malsano y exagerado altruismo, y en efecto, son forzadas a ello. Al verse rodeadas de una horrorosa pobreza, de una abominable fealdad, de una terrible miseria, es inevitable que se dejen influenciar por todo eso. Las emociones del ser humano son mucho más fáciles de estimular que la inteligencia, y como ya lo indiqué hace tiempo en un artículo sobre la función de la crítica, es más cómodo simpatizar con el sufrimiento que con el pensamiento. Por consiguiente, con admirables intenciones, serias y sentimentales se sienten capaces de remediar los males que ven. Pero sus remedios no curan la enfermedad, únicamente la prolongan. Puede decirse que sus remedios hacen parte del mal. Tratan de resolver el problema de la pobreza manteniendo vivos a los pobres, o como lo hace una verdadera escuela avanzada, divirtiendo a los pobres. Pero esa no es la solución, más bien agrava la enfermedad. Lo propio es apuntar a la reconstrucción de la sociedad sobre unas bases tales que la pobreza sea imposible. No obstante, la filantropía ha impedido por todos los medios posibles que se logre esta meta.

Justamente los peores dueños de esclavos fueron los que mejor los trataban, pues prevenían que el horror de este sistema fuera sentido en su totalidad por las víctimas y entendido por sus espectadores. Así mismo, en el actual estado de cosas en Inglaterra las personas que causan mayor daño son las que intentan hacer el mayor bien. A tal punto que tuvimos que asistir al espectáculo de educados hombres que habitan los barrios bajos de Londres y quienes tras haber estudiado seriamente el problema y conocían esa vida, se adelantaron y le imploraron a la comunidad restringir los impulsos altruistas, caritativos y benévolos, argumentando que dicha caridad desmoraliza. Eso es perfectamente cierto, la caridad crea una multiplicidad de pecados.

También podría decirse que es inmoral el uso de la propiedad privada para aliviar ese horrible mal provocado por esa misma institución. Esas acciones benéficas son inmorales e injustas.

Bajo el socialismo todo esto cambiaría radicalmente. No habría personas que vivan en fétidas guaridas cubiertos con harapos y procreando niños enfermizos con la piel del hambre pegada y sobreviviendo en medio de un ambiente absolutamente repulsivo. La seguridad de la sociedad no dependerá, como hasta hoy, del estado del tiempo. Si hay una helada no tendremos a cientos y miles de hombres sin trabajo vagando por las calles en la más absoluta miseria.

La seguridad de la sociedad no puede depender, como hasta ahora, del estado del tiempo. Si se avecina una helada ya no tendremos miles de hombres sin empleo vagando por las calles en un estado de angustiosa miseria, o gimiendo al prójimo limosnas, o aglomerados en los repugnantes hogares de paso a la espera de un pedazo de pan y de un lecho inmundo donde puedan pasar la noche. Cada miembro de la sociedad podrá compartir la prosperidad y la felicidad del conglomerado, y si se avecina una helada nadie tendrá que sufrir las consecuencias en un grado mayor que los demás. Además, en otro sentido, El socialismo tendrá mucho más valor por la sencilla razón que conducirá a la humanidad hacia el individualismo.

El socialismo, el comunismo, o como quiera que se llame el hecho de convertir la propiedad privada en pública, y substituir la competencia por la cooperación, se restablecerá la sociedad en su propia condición de organismo sano y asegurará el bienestar material de cada miembro de la sociedad. Y podrá, de hecho, brindarle a la vida bases apropiadas y un medio ambiente más justo. Pero para que la vida alcance su más alto desarrollo de perfección se necesita algo más. Será preciso el individualismo. Si el socialismo es autoritario, si hay gobiernos armados con economías poderosas y con un inmenso poder político, si, en una palabra, tuviésemos que soportar tiranías industriales, entonces la condición del ser humano será peor que la actual. Hoy por hoy, debido a la existencia de la propiedad privada un gran número de personas están en capacidad de lograr un reducido grado de individualismo. O no se ven en la necesidad de tener que trabajar para vivir, o se les facilita escoger el campo de acción que más les gusta y les da placer. Así les ocurre a los poetas, a los filósofos, a los científicos, a los hombres de cultura, en una palabra, a los hombres verdaderos, a los hombres que se han realizado y en quienes la humanidad entera adquiere una realización parcial.

En cambio, hay muchos que no tienen propiedad privada y están a punto de caer en el abismo del hambre, por lo que se ven forzados a trabajar como bestias de carga o a realizar labores desagradables o para las que no son aptos y a los que son forzados por la perentoria, irracional y degradante tiranía de la necesidad. Estos son los pobres, en los que no pueden encontrarse maneras agradables, el encanto de la palabra cautivadora, la civilización, la cultura, el refinamiento de los placeres o la alegría de vivir. Gracias a su fuerza colectiva

la Humanidad gana mucha prosperidad material. Pero esto es solo el resultado de ganancias materiales, y la persona que es pobre carece por completo de importancia, es simplemente un átomo infinitesimal de una fuerza que, lejos de pensar en lo que a él le corresponde, lo aplasta. Mejor dicho, prefiere verlo aplastado porque así es más obediente.

Por supuesto, puede decirse que el individualismo establecido bajo las condiciones de la propiedad privada no es siempre, por regla general, muy fino o sorprendente, y que los pobres carecen de cultura y de encanto, pero tienen muchas ventajas. Ambas declaraciones conservan su verdad. La posesión de la propiedad privada es en extremo desmoralizadora, y esta es, por supuesto, una de las razones por las que el socialismo quiere liberarse de esa institución. De hecho, la propiedad privada verdaderamente es una molestia. Hace unos años se le ocurrió a un grupo de hombres recorrer el país pregonando que la propiedad privada tenía deberes. Lo dijeron tanto y tan tediosamente que, al final, la iglesia empezó a repetirlo. Por eso es que continuamente lo oímos desde los púlpitos. Eso es perfectamente cierto, la propiedad privada no tiene deberes simplemente, sino que los tiene en tal número que su posesión soporta una larga lista de ellos, lo que involucra una interminable serie de reclamos, una atención permanente en los negocios, una preocupación y molestia intolerables. Si la propiedad solo proporcionara placeres podríamos soportarla, pero realmente su servicio siempre se torna insoportable. Por el propio interés de los ricos debemos suprimirla. Las virtudes de los pobres pueden ser realmente admitidas aunque no por ello signifique que sean menos lamentables. Nos han dicho que los pobres son agradecidos con la caridad, algunos de ellos no dudan en aceptarla, los mejores de ellos no son para nada agradecidos, son ingratos, no se contentan, son desobedientes y rebeldes. Y realmente están en su derecho. Sienten que la caridad es un ridículo e inadecuado sistema parcial de restitución o dádivas sentimentales usualmente acompañadas por alguna tentativa impertinente del hombre sentimental para tiranizar sus vidas privadas. ¿Por qué habrían ellos de agradecer las migajas que caen de las mesas de los hombres ricos? Kilos deberían estar sentados también en esa mesa, y ya empiezan a saberlo. En cuanto a su descontento, un hombre que no lo esté en tal ambiente y con ese precario modo de vida sería un perfecto bruto. La desobediencia, a los ojos de quien haya leído la Historia, es una de las virtudes originales del ser humano. Es a través de la desobediencia que se ha dado el progreso, a través de la desobediencia y a través de la rebelión. Algunas veces se le dice al pobre que sea ahorrativo, pero recomendar el ahorro a un pobre es grotesco e insultante. Es como advertirle a una persona que se está muriendo de hambre que coma menos. Para un trabajador del campo o de la ciudad la práctica del ahorro constituye una verdadera inmoralidad. Los hombres no están dispuestos a mostrar que pueden vivir como feroces animales hambrientos. Deberían negarse a vivir así.

Es mejor robar o irse a los hogares de paso que también son considerados como una forma de robo.

Desde el principio ha sido más seguro pedir que coger, pero es más grato coger que pedir. No, un pobre hombre que es ingrato, poco ahorrativo, descontento y rebelde, probablemente posea una verdadera personalidad y tenga algún guardado. El representa, en todo caso, una sana protesta. Si hablamos de los pobres virtuosos, uno los puede compadecer, por supuesto, pero nadie sería capaz de admitirlos: han realizado pactos privados con el enemigo y han vendido su derecho de primogenitura por pésimas viandas. Además tienen que ser extraordinariamente estúpidos. Puedo comprender a un hombre que acepte las leyes que protegen la propiedad privada y que admitan su acumulación, si él mismo puede darse cuenta que bajo esas condiciones se pueda desarrollar alguna forma bella de vida intelectual. Pero para mí es inconcebible que un hombre cuya vida se halla estropeada por esas horribles leyes pueda consentir su permanencia y continuidad.

No obstante, la explicación no es difícil de hallar: la miseria y la pobreza son tan degradantes que ejercen un efecto paralizador sobre la naturaleza del ser humano, a tal punto que ninguna clase es realmente consciente de su propio sufrimiento. Es preciso que otros se lo expliquen, y no obstante muchos se niegan a creerlo. Lo que dicen los grandes empleadores en contra de los agitadores es una verdad incuestionable: los agitadores son un grupo de personas entrometidas que vienen a interferir cuando todo está perfecto y armonioso dentro de una comunidad feliz, vienen a sembrar la semilla del descontento. Esa es la razón por la que los agitadores son absolutamente necesarios. Sin ellos, en nuestra situación actual, no habría un avance seguro hacia la civilización. Si la esclavitud fue abolida en América, no fue gracias a una campaña que hubiesen emprendido los esclavos, ni siquiera expresaron libremente que deseaban la emancipación, sino que fue el resultado de la extrema conducta ilegal de ciertos agitadores de Boston y de otros lugares que no eran ni esclavos, ni dueños de esclavos, ni tenían ningún interés en dicha cuestión. Fueron los abolicionistas, indudablemente, los que encendieron la antorcha e iniciaron el movimiento. Es curioso observar que no recibieron ninguna clase de ayuda de los esclavos ni les simpatizaba el movimiento, y cuando al finalizar la guerra los esclavos se encontraron absolutamente libres, tan libres que podían morir de hambre, muchos de ellos lamentaron amargamente el nuevo estado de cosas. Para el pensador, el hecho más trágico en toda la Revolución Francesa no fue que María Antonieta fuera asesinada por ser la reina, sino que los campesinos de la Vendée salieran voluntariamente a morir como una consecuencia espantosa del Feudalismo.

Es claro, entonces, que un Socialismo Autoritario de nada nos serviría. No obstante, mientras que en el sistema actual haya un gran número de personas

que puede llevar una vida con cierta libertad y expresión de alegría, bajo un sistema de barracas industrial, o bajo un régimen de tiranía económica, nadie podrá ser capaz de disfrutar en absoluto de esa libertad. Es lamentable que una parte de nuestra comunidad se halle prácticamente en la esclavitud, pero sería ridículo resolver el problema esclavizando a toda la sociedad. Cada hombre debe ser totalmente libre de elegir su propio trabajo. No se debe ejercer sobre él ninguna forma de coacción. Si fuese así, su trabajo no será bueno para él, no será bueno en sí mismo y no será provechoso para otros. Y por trabajo simplemente me refiero a cualquier tipo de actividad. Prácticamente creo que ningún Socialista, en la actualidad, seriamente pueda proponer que un inspector deba ir todas las mañanas llamando de casa en casa para ver que cada ciudadano se levante y realice su trabajo manual por ocho horas, La humanidad ya superó esa etapa y reserva ese género de vida para aquellos que, de alguna forma arbitraria deciden llamarse criminales. Pero reconozco que muchos de los planes del socialismo con los que me he cruzado me parecen contaminados con ideas de autoridad y hasta de coacción. Por supuesto, la autoridad y la coacción no tienen nada que hacer aquí. El derecho de asociación debe ser totalmente voluntario. Solamente mediante las asociaciones voluntarias el hombre adquiere todo su esplendor.

Ahora nos podemos preguntar: ¿cómo el individualismo, que en estos tiempos depende más o menos de la propiedad privada para lograr su desarrollo y existencia, se puede beneficiar con la abolición de esa propiedad? La respuesta es muy simple. Es cierto que, bajo las condiciones existentes, unos pocos hombres que han tenido sus propios medios privados para su subsistir como Byron, Shelley, Browning, Víctor Hugo, Baudelaire, entre otros, han podido desarrollar más o menos a plenitud su personalidad. Ninguno de estos hombres realizó en uno de sus días alguna clase de trabajo asalariado. Todos ellos estaban relevados de la pobreza. Tuvieron una ventaja inmensa. La cuestión es si por el bien del individualismo se pueda eliminar dicha ventaja. Suponiendo que así fuera, ¿qué pasaría entonces con el individualismo? ¿Cómo se beneficiaría? Pues bien, se beneficiaría en el siguiente sentido: bajo las nuevas condiciones el individualismo será mucho más libre, mucho más bello e intenso de lo que es ahora. No hablo del gran individualismo realizado imaginativamente por esos poetas a los que me referido, sino del gran individualismo que está latente y en potencia en toda la humanidad.

Por el reconocimiento de la propiedad privada realmente se ha oscurecido y perjudicado al individualismo. Al confundir al hombre con lo que posee, se le ha desviado por completo, se le ha hecho perder su objetivo, a tal punto, que ahora el hombre piensa que lo más importante es tener, en vez de considerar que lo más importante es ser. La verdadera perfección del hombre no radica en lo que el hombre tiene, sino en lo que el hombre es. La propiedad privada

tiene sometido al individualismo con el fin de configurar un individualismo totalmente falso. Doblegándola por el hambre, le ha impedido a un sector de la sociedad acceder al individualismo. A otros los ha vinculado guiándolos por un camino equivocado y encumbrándolos. De hecho, la personalidad del hombre ha sido tan absolutamente absorbida por sus posesiones, que la legislación inglesa trata los delitos contra la propiedad con mayor dureza que los delitos contra las personas. La propiedad todavía es la prueba para demostrar la plena ciudadanía.

La actividad necesaria para ganar dinero es también muy desmoralizadora. En una sociedad como la nuestra, donde la propiedad confiere una gran distinción, posición social, honor, respeto, títulos y otras cosas agradables, produce en el hombre, que es por naturaleza ambicioso, la idea de imponerse el objetivo de acumular, a tal punto, que no deja de hacerlo hasta el cansancio durante toda su vida, aún después de conseguir mucho más de lo que necesita, o puede usar, o disfrutar. Incluso puede llegar a desconocer el límite de todas sus posesiones. Un hombre se matará a sí mismo con exceso de trabajo a fin de asegurarse la propiedad; y teniendo en cuenta las enormes ventajas que aporta no es raro que uno quede sorprendido con tal esfuerzo.

Lo lamentable es que la sociedad está construida sobre una base donde el hombre se ve abocado a una rutina en la que no puede desarrollar libremente lo que para él es maravilloso, fascinante y delicioso. De hecho, en ella, pierde el verdadero placer y la alegría de vivir, además, su vida tiene poca seguridad. Incluso, un comerciante enormemente rico, en cada momento de su vida está a merced de situaciones que se escapan de su control. Si el viento sopla un punto extra más o menos, el clima cambia repentinamente, y, lo que para algunos parece trivial, para él representa la factibilidad de que su barco zozobre bajo una tempestad lo que conducirá a que sus especulaciones se vean arrasadas. Así las cosas, debido a una serie de eventos puede verse de un momento a otro convertido en un hombre pobre, con su posición social totalmente desvanecida. Ahora, nada debería perjudicar a un hombre, excepto él mismo, ningún evento externo debería despojar a, un hombre en absoluto. Lo que un hombre posee, lo que realmente tiene, es lo que está en él. Lo que queda fuera de él debería ser una cuestión que carezca de total importancia.

Con la abolición de la propiedad privada obtendremos un individualismo verdadero, hermoso, sano. Nadie desperdiciará su vida acumulando cosas y símbolos de cosas. Uno podrá vivir. Vivir es lo más raro que hay en el mundo. La mayoría de las personas solo existen, eso es todo. Si me preguntaran si alguna vez hemos visto la expresión completa de una personalidad, respondería que únicamente en el vuelo imaginario del arte. En la acción nunca la tenemos. Julio César, dice Mommsen, era el hombre perfecto y completo. ¡Pero en qué trágica inseguridad vivió César! Donde hay un hombre

que ejerce el poder, hay otro hombre que se resiste a esa autoridad. César era muy perfecto, pero su perfección recorría una senda demasiado peligrosa. Marco Aurelio era el hombre perfecto, dice Renán. Sí, el gran emperador fue un hombre perfecto. ¡Pero cuan innumerables eran los reclamos que pesaban sobre él! Se quedaba pasmado bajo la carga del imperio. Él era consciente de que esos esfuerzos titánicos superaban la capacidad de un solo hombre para soportar sobre sus hombros el peso de todo el orbe. Lo que quiero decir con un hombre perfecto es aquel que se desarrolla en perfectas condiciones; uno que no está herido, preocupado, mutilado o en peligro. Muchas personalidades se han visto obligadas a ser rebeldes. La mitad de su fuerza se ha perdido con la fricción, con el roce. La personalidad de Byron, por ejemplo, fue terriblemente desperdiciada en su batalla contra la estupidez, la hipocresía y el filisteísmo de los ingleses. Esas cruzadas no siempre intensifican la fuerza; al contrario, a menudo suscitan la debilidad. Byron nunca fue capaz de darnos todo lo que él podía ofrecernos. A Shelley le fue mejor. Como Byron, él salió de Inglaterra tan pronto como pudo, pero no fue tan conocido. Si los ingleses hubiesen tenido idea de lo que valía, como gran poeta que fue, habrían caído sobre él con uñas y dientes para hacerle insoportable su vida, más de lo que ya lo habían hecho. Pero como no fue una figura notable en la sociedad, en consecuencia, hasta cierto punto, logró escabullirse. Aún así, incluso en Shelley, se nota que la rebelión fue, a veces, demasiado fuerte. La característica de la personalidad perfecta no es la rebelión, sino la paz.

Será algo maravilloso cuando veamos la verdadera personalidad del hombre. Crecerá naturalmente y simplemente, similar a la flor, o como un árbol crece. No será discordante para nada. Nunca sostendrá o resolverá controversias. No intentará probar los hechos. Sabrá todo. No se preocupará de adquirir todo el conocimiento. Tendrá sabiduría. Su valor no será medido por las cosas materiales. Tendrá nada, y aún así lo poseerá todo. Y aunque le quiten alguna parte continuará siendo absolutamente espléndida. Les encantará gracias a su diferencia. Y, sin embargo, sin inmiscuirse con los demás, les ayudará a todos, como una cosa hermosa nos ayuda por lo que es. La personalidad del hombre será maravillosa, va a ser tan maravillosa como la personalidad de un niño.

En su desarrollo estará asistida por el cristianismo, si los hombres lo desean; pero si los hombres no lo desean, se desarrollará a sí misma, de eso no cabe duda. Pues no se preocupará por el pasado ni de si los hechos ocurrieron de una u otra manera. Tampoco admitirá cualquiera clase de leyes que no sean sus propias leyes; tampoco admitirá una autoridad que no sea su propia autoridad. Amará y ensalzará a quienes intenten intensificarla o incrementarla, además hablará de ellos. Cristo fue uno de ellos.

«Conócete a ti mismo» estaba escrito en el portal del mundo antiguo. En el

portal del mundo nuevo deberá escribirse «Sé tú mismo». Y el mensaje de Cristo para el hombre fue simplemente «Sé tú mismo». Este es el verdadero secreto de Cristo.

Cuando Jesús habló de los pobres, se refirió a las personalidades, igual que cuando él habló de los ricos se refirió a la gente que no había desarrollado su personalidad. Jesús se movía en una comunidad que permitía la acumulación de la propiedad privada justo como lo hacemos nosotros. El Evangelio que Él predicó no pretendía decir que en una comunidad fuera una ventaja para el hombre vivir apenas con lo necesario, con alimentos desagradables, llevar andrajos y dormir en viviendas horribles. Y que fuera una desventaja para un hombre vivir en condiciones saludables, agradables y decentes. Semejante opinión hubiese sido mal vista allí y en aquellos tiempos y, por supuesto, sería aún más equivocada ahora y en Inglaterra, pues cuanto el hombre se mueve más hacia el norte, las necesidades materiales de la vida se tornan de vital importancia, y nuestra sociedad es infinitamente más compleja y muestra mucho más extremos de lujo y miseria que cualquier sociedad del mundo antiguo. Lo que Jesús quiso decir fue esto. Él le dijo al hombre: «Tienes una personalidad maravillosa. Desarróllala. Sé tú mismo. No imagines que tu perfección radica en la acumulación y posesión de cosas externas. La perfección está en tu interior. Si logras entender esto no desearás ser rico. Las riquezas ordinarias pueden ser robadas por un hombre, jamás las riquezas reales. En la tesorería de tu alma hay cosas infinitamente preciosas que nunca podrán quitarte. Entonces, intenta moldear tu vida de tal forma que las cosas exteriores no puedan perjudicarte. Y también intenta deshacerte de la propiedad privada, pues ella acarrea preocupaciones sórdidas, labores interminables, males continuos. La propiedad privada entorpece a cada paso al individualismo». Cabe señalar que Jesús nunca dijo que las personas empobrecidas fueran necesariamente buenas, o que las adineradas necesariamente malas. No hubiera sido cierto. Las personas adineradas, como clase, son mejores que los pobres, tienen más moral, son más intelectuales y se comportan mejor. Hay sólo una clase en la comunidad que piensa más en el dinero que los ricos, y son los pobres. Los pobres no piensan en nada más. Esa es la desgracia de ser pobre. Lo que Jesús quiso decir es que el hombre alcanza su perfección, no a través de lo que tiene, ni incluso a través de lo que hace, sino totalmente a través de lo que es. Por lo que el joven rico que viene a Jesús se representa como un ciudadano minuciosamente bueno que no ha roto ninguna de las leyes de su estado, ninguno de los mandamientos de su religión. Él es muy respetable, en el sentido ordinario que se le da a esa palabra extraordinaria. Jesús le dice: «Debes dar tu propiedad privada, te impedirá darte cuenta de tu perfección. Te arrastrará, será una carga. Tu personalidad no la necesita. Es dentro de ti y no fuera de ti donde podrás hallar lo que realmente eres y lo que realmente deseas». Y les dice lo mismo a sus

propios amigos. Les dice que sean ellos mismos y que no se preocupen por cosas externas. Pues ¿qué importan las demás cosas? El hombre está completo en sí mismo. Cuando entra al mundo, el mundo se pone en desacuerdo con él. Eso es inevitable.

El mundo detesta el individualismo. Pero no hay que preocuparse por eso. Hay que mantener la calma y continuar centrados. Si alguien les quita la capa, deben darle el abrigo, solo para demostrarle que las cosas materiales carecen de importancia. Si las personas abusan de ello, es mejor no responder. ¿Qué significa eso? Las cosas que dicen de un hombre no lo deben alterar. Él es lo que es y la opinión pública carece absolutamente de valor. Incluso si las personas emplean la violencia, no se debe responder con violencia. Eso sería caer tan bajo como ellos. Después de todo, incluso en la cárcel, un hombre puede ser bastante libre. Su alma puede ser libre. Su personalidad puede ser fluida. Él puede estar en paz. Y, sobre todas las cosas, no hay que interferir con otras personas o juzgarlas en modo alguno. La personalidad es una cosa muy misteriosa. No siempre un hombre puede ser apreciado por lo que hace. Él puede custodiar la ley y aún ser inútil. Él puede violar la ley y aún ser refinado. Él puede ser malo, sin nunca hacer nada malo. Puede cometer un pecado contra la sociedad y no darse cuenta a través de ese pecado de su verdadera perfección.

Hubo una vez una mujer que fue sorprendida en adulterio. No se nos dice la historia de su amor, sino que debe haber sido un gran amor, pues Jesús le dijo que sus pecados serán perdonados, no porque ella se arrepintiese, sino porque su amor era intenso y maravilloso. Más tarde, poco antes de su muerte, como Él se sentara en una fiesta, la mujer entró y le ungió sus cabellos con costosos perfumes. Sus amigos intentaron interferir con ella y le dijeron que era una extravagancia, y que el dinero del perfume hubiera podido gastarlo en obras de beneficencia aliviando la miseria de las personas, o en algo por estilo. Jesús no aceptó esa opinión. Señaló que las necesidades materiales del hombre eran numerosas y constantes, pero que las necesidades espirituales del hombre eran aún mayores, y que en un momento divino, y al seleccionar su propio modo de expresión, una personalidad podría hacerse así misma perfecta. Ahora el mundo adora a esa mujer, incluso como a un santo.

Sí, hay aspectos sugestivos en el individualismo. Una de las ventajas del socialismo es que extermine la vida en familia. Con la abolición de la propiedad privada, debe desaparecer el matrimonio en su forma actual. Esto hace parte del programa. El Individualismo acepta esta tesis y la mejora. Convierte la imposición legal, que ha sido abolida, en una forma de libertad que ayudará al desarrollo pleno de la personalidad y logrará que el amor del hombre y de la mujer sea mucho más maravilloso, más hermoso y más ennoblecido, Jesús sabía esto. Aunque existían en su tiempo y en su sociedad

con un carácter muy marcado, Él Rechazó las exigencias de la vida familiar. «¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?», señaló cuando le dijeron que deseaban hablar con él. Cuando uno de sus discípulos le solicitó que le dejase ir a enterrar a su padre, le respondió tajantemente «Deja que los muertos entierren a los muertos». Él no iba a permitir que algún pedido minara la personalidad. El hombre que pueda decir que es él mismo puede afirmar que lleva una vida semejante a la de Cristo. Él puede ser un gran poeta, o un gran hombre de ciencia; o un joven estudiante en una universidad, o uno que mira ovejas en una planicie; o un dramaturgo, como Shakespeare, o un pensador acerca de Dios, como Spinoza; o un niño que juega en un jardín, o un pescador que lanza sus redes al mar. No importa lo que haga siempre y cuando sea consciente de la perfección del alma que está dentro de él. Toda imitación en la moral y en la vida es errónea. Cuentan que en la actualidad un loco se pasca por las calles de Jerusalén llevando a cuestas una pesada cruz de madera. Ese es un perfecto símbolo de las vidas que son estropeadas por la imitación. El padre Damien oraba como Cristo cuando se fue a vivir con los leprosos, porque en dicho servicio había realizado plenamente lo que era mejor en él. Pero no por eso se parecía más a Cristo que Wagner cuando le entregó su alma a la música; o a Shelley al realizar la suya mediante la poesía. No hay un tipo único para el hombre. Hay tantos hombres perfectos como imperfectos. Es posible que, aunque un hombre ceda a las reivindicaciones de la caridad, continúe siendo libre, pero, en todo caso, nadie podrá conservar su libertad sometiéndose a las reivindicaciones de la uniformidad.

El Individualismo, entonces, es el fin que alcanzaremos a través del socialismo. Como un resultado natural el Estado deberá abandonar toda idea de Gobierno. Deberá hacerlo, pues con la humanidad abandonada a sí misma resulta imposible pensar en un Gobierno para ella, como dijera un hombre sabio muchos siglos antes de Cristo. Todas las formas de gobierno fracasan. El despotismo es injusto para todo el mundo, incluyendo al déspota, quién probablemente fue hecho para cosas mejores. Las oligarquías son injustas con la mayoría, y las oclocracias —o gobiernos de la muchedumbre— son injustas para la minoría. Alguna vez se tuvieron grandes esperanzas en la democracia; pero democracia significa simplemente el aplastamiento del pueblo por y para el pueblo. Esta verdad fue descubierta, y debo decir que ya era hora, porque toda autoridad es bastante degradante. Se degrada a quienes la ejercen y se degrada a aquellos sobre quienes se ejerce. Cuando se emplea violentamente, torpemente, y cruelmente produce un buen efecto creando el espíritu de rebelión y el del individualismo quienes se encargarán de aniquilarla más adelante. Cuando se usa con cierta cantidad de bondad y acompañada de primas y recompensas es espantosamente desmotivadora. Las personas, en este caso, son menos conscientes de la presión horrible que se está ejerciendo sobre ellas, y pueden ir a través de sus vidas en una especie de comodidad

oronda, como mascotas, probablemente sin jamás darse cuenta que ellos están pensando ideas de otras personas, que están viviendo según las normas que otros han impuesto; es decir, se la pasan prácticamente usando lo que uno puede llamar ropa de segunda mano, y jamás llegarán a ser ellos mismos, ni aunque que sea por in instante. «Quien desee ser libre, dice un aguzado pensador, no debe someterse al conformismo». Y la autoridad al tratar de sobornar a las personas para imponerse, produce un tipo muy bruto de barbarie entre nosotros.

Con la autoridad desaparecen los castigos. Esto será una gran ganancia, un éxito de valor incalculable. Al leerse la historia, no en las ediciones expurgadas y escritas para que los colegiales se pasmen, sino el original escrito por las autoridades de cada época, uno se indigna absolutamente, no por los crímenes que cometieron los malvados, sino por los castigos que han infligido los buenos. Una sociedad queda infinitamente más embrutecida por el empleo habitual de la pena, que por la aparición ocasional de la delincuencia. Evidentemente, se deduce que en cuanto más castigos se impongan más delitos se cometerán. Los legisladores más modernos han reconocido claramente esto, por lo que han tratado de reducir las penas hasta donde han podido. Dondequiera que realmente la hayan disminuido los resultados han sido siempre muy buenos. A menor número de castigos menor número de crímenes. Cuando no hay ningún castigo, o el delito dejará de existir, o, si se produce, será tratado por médicos como una forma muy penosa de demencia, para ser curada con atención y amabilidad. Los que se denominan delincuentes hoy en día no son delincuentes en absoluto. El hambre y no el pecado, es lo que genera la delincuencia moderna. De hecho, es la razón por la que nuestros delincuentes no pueden ser tenidos en cuenta como una especie interesante desde el punto de vista psicológico. No son Macbeths maravillosos ni Vautrins terribles. Son simplemente estados a los que llegaría cualquier persona si no tuviese qué comer. Cuando la propiedad privada sea abolida el crimen ya no será necesario; como a nadie le importará, dejará de existir el delito. Por supuesto, todas las acciones no son crímenes contra la propiedad. Aunque la legislación inglesa le presta más atención a lo que un hombre tiene que a lo que un hombre es, y castiga con más rigor los delitos contra la propiedad, a excepción del homicidio. Y los castigos no son claros, por ejemplo consideran que es más grave la pena de muerte que los trabajos forzados, un punto en el que, creo, no están de acuerdo nuestros criminales. Pero aunque un crimen no se cometa contra la propiedad, puede ser que haya surgido de la miseria, la rabia y la depresión producidas por seguir manteniendo un sistema equivocado. Por lo tanto al abolir ese sistema van a desaparecer todos los delitos contra de la propiedad. Cuando cada miembro de la sociedad tenga lo suficiente para atender sus necesidades y lo dejen en paz no tendrá ningún interés en intervenir en los asuntos ajenos. Los

celos son una fuente extraordinaria de crímenes en la vida moderna, ese sentimiento se halla estrechamente relacionado con nuestras concepciones de la propiedad, pero en virtud del socialismo y del individualismo dejarán de existir. Resulta notable observar que los celos son totalmente desconocidos en las tribus comunistas.

Ahora, si el Estado no gobierna cabe preguntarse ahora cuál será su misión. Pues será una asociación voluntaria que organizará el trabajo y será tanto el fabricante como el distribuidor de los productos básicos necesarios. El Estado debe hacer lo que es útil. El individuo debe hacer lo que es heroico. Y como he mencionado la palabra trabajo, debo referirme a la cantidad de disparates que se escriben hoy en día sobre la dignidad de la mano de obra. No hay nada digno en la mano de obra, casi todo es absolutamente degradante. Para el hombre es mental y moralmente perjudicial hacer algo en lo que él no halle placer, y muchas actividades y formas de trabajo son absolutamente infames y deben ser consideradas como tales. Barrer un cruce fangoso durante ocho horas al día mientras sopla el viento del Este es una ocupación repugnante. Y hacerlo con dignidad mental, moral o física me parece imposible. Hacerlo con alegría sería atroz. El Hombre está hecho para algo mejor que la suciedad amenazante. Toda esa variedad de labores que le han infligido a los seres humanos debe hacerse por máquinas. Y no tengo ninguna duda de que así será.

Hasta hoy el hombre ha sido, en cierta medida, esclavo de la máquina. Y hay algo trágico: tan pronto como el hombre inventó un artefacto que lo sustituyese en el trabajo, empezó a morir de hambre. No obstante, esto es una consecuencia de nuestro sistema de propiedad y de nuestro sistema de competencia. Tan pronto una persona se hace propietaria de una máquina que hace el trabajo de quinientos hombres, inmediatamente quinientos hombres son expulsados del empleo, y como no hay ningún trabajo para realizar se tornan hambrientos y ladrones. El propietario toma el producido de la máquina y lo guarda para sí mismo. Y lo importante, es que esa cifra es quinientas veces mayor de lo que necesita para vivir. Si esa máquina perteneciese a todos, cada uno se beneficiaría de ella, lo que redundaría en una ventaja enorme para la comunidad. Todo trabajo que no desarrolle el intelecto, todo trabajo monótono o sórdido, todo trabajo que se ocupe de sustancias terribles o en condiciones desagradables debe realizarse por la máquina. Las máquinas deben trabajar por y para nosotros en las minas de carbón, realizar las labores sanitarias, las que les corresponden a los fogoneros, limpiar las calles y llevar los mensajes cuando llueve y, en general, hacer cualquier cosa que sea tediosa o angustiante. En la actualidad las máquinas compiten contra el hombre. Bajo condiciones apropiadas la máquina le servirá al hombre. No hay ninguna duda de que en el futuro ese será el papel de la máquina. Y así como los árboles crecen mientras duerme el granjero, de igual forma mientras que la

Humanidad se halla disfrutando de las horas del ocio refinado que produce las obras de arte, o creando cosas hermosas o leyendo obras espléndidas, o simplemente contemplando el mundo con admiración y alegría —lo cual es el verdadero objetivo del hombre—, las máquinas realizarán todo el trabajo necesario y desagradable. El hecho es que la civilización requiere esclavos. En este sentido los griegos tuvieron toda la razón. Si no existen esclavos para ejecutar labores feas, horribles, desarrollar una cultura de la contemplación y del pensamiento sería completamente imposible. La esclavitud humana es un error, inseguro y desmoralizante. De la mecánica esclavizada, de la esclavitud de la máquina, depende el futuro del mundo. Y cuando los científicos ya no sean llamados a trasegar por los deprimentes barrios bajos para que distribuyan cacao de mala calidad o entreguen mantas raídas a los hambrientos, podrán dedicarse, gracias al ocio, a idear cosas maravillosas para su goce propio y para los demás. Habrá grandes acumulaciones de energía para cada ciudad, y para cada casa si es necesario. Esta fuerza podrá ser convertida por el hombre en calor, luz o movimiento conforme a sus necesidades. ¿Es esto utópico? Un mapamundi que no incluya una utopía no vale la pena mirarlo, pues le faltaría el país en el que todos los días aterriza la Humanidad. Y cuando la Humanidad mira a lo lejos tierras mejores, siempre zarpa hacia ellas. El progreso es la realización de las utopías.

Ahora, he dicho que al organizar el trabajo de las maquinarias la comunidad suministrará las cosas útiles, y que las obras hermosas las realizará el individuo. Esto no sólo es necesario, sino que es la única forma en que se pueden obtener. Un individuo que tiene que fabricar objetos para que los usen otros, teniendo en cuenta sus deseos y necesidades, no puede prestar interés en su labor y por consiguiente no puede poner en su trabajo lo mejor que hay en él. De otro lado, siempre que haya una comunidad, una sección poderosa de ella, o cuando un Gobierno de cualquier tipo, traten de imponer al artista lo que debe hacer, el arte se desvanece totalmente, se convierte en estereotipo o se degenera en una forma baja y abyecta. Una obra de arte es el resultado único de un temperamento único. Su belleza, viene del hecho de que el autor es lo que él es. No tiene nada que ver con el hecho de que las personas quieran esto o aquello. De hecho, en el momento en que un artista toma nota de lo que otras personas quieren e intenta suministrar esa demanda, deja de ser un artista y se convierte en un apagado o en un artesano aburrido o en un comerciante honesto o deshonesto. El ya no tiene ningún derecho a llamarse artista. El Arte es la forma más aguda del individualismo que el mundo haya conocido. Me inclino a pensar que es la única forma real de individualismo que el mundo haya conocido. El crimen, que bajo ciertas condiciones, puede parecer el origen del individualismo, siempre debe tener en cuenta a otras personas e interferir con ellas. Pertenece a la esfera de acción. Pero solo, sin referencia alguna sobre sus vecinos, sin ninguna interferencia, el artista puede componer

algo bello; y si él no lo hace exclusivamente para su propio placer, en absoluto puede ser considerado como un artista.

Se puede añadir: El hecho de que el Arte sea una forma tan intensa del individualismo, hace que el público intente ejercer sobre él una autoridad que es tan inmoral como ridícula, y tan corrupta como despreciable. Pero no es su culpa. El público ha sido siempre y en cada época muy mal educado. Continuamente exige que el Arte sea popular para que lo complazcan en su falta de gusto, para que le adulen su absurda vanidad, pide que le digan lo que ya ha dicho antes, que le muestren lo que ya está cansado de ver, que lo diviertan tras haber comido demasiado, que le aligeren sus pensamientos cuando está fatigado de su propia estupidez. Ahora bien, el Arte nunca debe intentar ser popular. El público es quien debería intentar ser artista. Hay en esto una enorme diferencia. Díganle a un científico que los resultados de sus experimentos y que las conclusiones a las que él ha llegado deben ser de tal naturaleza que no perturben las nociones populares que existen sobre el tema, o que no incomode el prejuicio popular o hiera la sensibilidad de las personas que no saben nada acerca de la ciencia. Díganle a un filósofo que tiene todo el derecho a especular en las más altas esferas del pensamiento, siempre que llegue a las mismas conclusiones a las que han llegado los que jamás han pensado nada en absoluto. Seguramente tanto el científico como el filósofo se divertirían muchísimo. Sin embargo, hasta hace muy pocos años tanto la filosofía como la ciencia fueron objeto de un control popular brutal, de una tiranía basada en la ignorancia general de la comunidad, o basada en el terror y la avaricia provenientes del poder eclesiástico o gubernamental. Por supuesto que nos hemos deshecho en gran medida de cualquier intento por parte de la comunidad, de la iglesia o del Gobierno, de interferir con el pensamiento individualista especulativo. No obstante aún quedan vestigios de esa tendencia de interferir con el individualismo imaginativo del arte. Y esos vestigios que aún persisten son agresivos, ofensivos y embrutecedores. En Inglaterra, las artes que se han escapado mejor de esa dominación son las artes en las que el público no tiene ningún interés. La poesía es un ejemplo que traigo a colación para hacerme comprender mejor. Nos podemos dar el lujo de contar con una excelente poesía en Inglaterra porque el público no la lee, y en consecuencia no puede influir en ella. El público insulta a los poetas porque son individualistas, pero una vez que los han insultado los dejan solos. En el caso de la novela y del drama, artes en las que el público toma cierto interés, el ejercicio de la dictadura popular trae resultados absolutamente ridículos. Ningún país produce novelas tan mal escritas, poco novedosas, comunes en su forma, ni obras de teatro tan tontas y vulgares como las que se producen en Inglaterra. Necesariamente tiene que ser así. El nivel popular es de tal perfil que ningún artista puede adaptarse a él. Al mismo tiempo es tan difícil como tan fácil ser un novelista popular, es demasiado fácil, porque los

requerimientos de la opinión pública en cuanto a las dimensiones del estilo como la superficie, la psicología de los personajes y la forma como tratan la vida y la literatura están al alcance de mentes poco capaces e incultas. Es demasiado difícil, porque para cumplir estos requerimientos el artista debería violentar su temperamento, tendría que escribir, ya no por el puro goce artístico de hacerlo, sino para la diversión de personas medio educadas, con lo que tendrían que suprimir su individualismo, olvidar su cultura, aniquilar su estilo y renunciar a todo lo que es valioso para él. En el caso del drama, la situación mejora un poco: el público que va al teatro le gusta que les muestren situaciones obvias. Es cierto, no desean pasajes tediosos, lo que permite que la comedia y la farsa sean tan populares, y por ende sean consideradas como verdaderas obras de arte. Tanto en la comedia como en la farsa pueden escribirse obras maravillosas dado que en Inglaterra a esos dramaturgos les conceden gran libertad. Pero cuando uno llega a las formas más elevadas del drama se ve el resultado del control popular. Una de las cosas que más detesta el público es la novedad. Cualquier intento de ampliar los temas del arte es considerado absolutamente desagradable por el público; y, sin embargo, la vitalidad y el progreso del drama dependen en gran medida de la ampliación continua de dichos temas. Al público no le gusta lo novedoso porque le tiene miedo, se lo imaginan como una especie de individualismo, una afirmación por parte del artista que selecciona su propio tema y lo trata libremente a su gusto. Esta actitud del público es totalmente justificable: el arte es individualista y el individualismo es una inquietante fuerza desintegradora. En ello radica su inmenso valor. Porque lo que pretende es inquietar y dar por concluida la monotonía, la esclavitud de la costumbre, la tiranía del hábito y el descenso del hombre al nivel de una máquina. La opinión pública acepta lo que ha sido el arte, no porque lo aprecie, sino porque no pueden modificarlo. Se tragan entero a los clásicos, jamás consiguen hallarle el gusto. Los soportan como algo inevitable, y, como no pueden estropearlos, hablan sin conocimiento muchas necedades sobre ellos. Extraño o no, dependiendo del punto de vista de cada uno, esta aceptación de los clásicos trae consigo una gran cantidad de males. La admiración irracional que se le profesa a la Biblia y a Shakespeare en Inglaterra es un claro ejemplo de lo que quiero decir. Con respecto a la Biblia, las consideraciones de las autoridades eclesiásticas enredan tanto el asunto que no vale la pena insistir en ese punto. Pero en el caso de Shakespeare es bastante obvio que el público realmente no logra observar ni las bellezas ni los defectos de sus obras. Si vieran las bellezas, no se opondrían al desarrollo del drama; y si vieran los defectos tampoco se opondrían. El hecho es que el público utiliza a los clásicos de un país para oponerse al progreso del Arte. Rebajan a los clásicos a la categoría de autoridades. Los utilizan como garrotes para evitar que la belleza se exprese con formas variadas y novedosas. Siempre están preguntándoles a los

escritores por qué no escriben como algún autor en particular, o a los pintores por qué no pintan como otros, olvidando que si hacen esto dejarían de ser artistas. Al público siempre le parece absolutamente desagradable cada forma nueva de belleza. Siempre que aparece un tema novedoso en el Arte, que plantean nuevas categorías estéticas, se enojan y se sienten tan desconcertados que siempre se ven abocados a usar dos expresiones estúpidas: la primera, que la obra de arte es groseramente incomprensible; y la segunda, que es peligrosamente inmoral. Me parece que esas afirmaciones se pueden traducir de la siguiente manera: cuando dicen que una obra es incomprensible, significa que el artista ha dicho o ha hecho algo bello totalmente nuevo; cuando describen un trabajo como grosero o inmoral, significa que el artista ha hecho una bella obra totalmente cierta. La primera expresión hace referencia al estilo; la segunda al tema. Quizá se deba a que utilizan las palabras tan vagamente como lo haría una turba con los adoquines prefabricados durante las pedreas. No hay un solo poeta real o un solo escritor de prosa de este siglo, por ejemplo, a quien el público británico no le haya conferido solemnes diplomas de inmoralidad. Y estos diplomas, entre nosotros, prácticamente cumplen las funciones de lo que en Francia se denomina el reconocimiento formal de la Academia Francesa de Letras. Afortunadamente el público hace que dicho establecimiento sea totalmente innecesario en Inglaterra. Por supuesto, el público es muy temerario al momento de tomar la palabra. Era de esperar que llamasen a Wordsworth poeta inmoral. Wordsworth era un poeta. Pero que llamase a Charles Kingsley un novelista inmoral es extraordinario, pues su prosa no es de muy buena calidad. Aún así existen los calificativos, y el público los usa lo mejor que puede. Por supuesto los artistas no se perturban con ellos. El verdadero artista es aquel que cree absolutamente en sí mismo, porque él es absolutamente él mismo. Pero yo puedo suponer fácilmente que si un artista produjo una obra de arte en Inglaterra y que tras su aparición fue reconocida por el público, a través de su medio de comunicación, que es la prensa, como un trabajo bastante inteligible y altamente moral, como artista empezaría seriamente a preguntarse si su creación realmente no fue una expresión genuina de su personalidad, y, por consiguiente, es un trabajo bastante indigno de él y de un orden minuciosamente de segunda clase, o que nunca tendrá algún valor artístico.

Quizás, sin embargo, me haya quedado corto con el público al limitar sus apreciaciones a los calificativos «inmoral», «ininteligible», «exótico» y malsano. Existe otra palabra que utilizan: «morboso», aunque no la usan con frecuencia. El significado de la palabra es tan simple que tienen miedo de usarla. Aún así, la emplean a veces y, de cuando en cuando, uno la lee en los periódicos populares. Por supuesto, es una palabra ridícula para aplicarla a una obra de arte. Pero ¿morboso no es un estado de ánimo o una emoción que no se puede expresar? Entonces quiere decir que el público es morbosos porque

nunca encuentran una expresión para comunicarse correctamente. Los artistas nunca son morbosos, siempre lo expresan todo. Se encuentran fuera de su tema y a través de la forma producen efectos artísticos incomparables. Tildar de morbosos a un artista porque ha tratado temas morbosos es tan tonto como llamar a Shakespeare loco por haber escrito El rey Lear.

En general, un artista en Inglaterra obtiene algo al ser atacado. Se intensifica su individualidad. Le queda más fácil ser él mismo. Por supuesto, los ataques son muy graves, muy impertinentes y muy despreciables. Pero ningún artista espera la gracia de una mente vulgar ni hallar el estilo en un intelecto limítrofe. La vulgaridad y la estupidez son dos hechos vividos en la vida moderna. Lamentable es cierto, pero así es. Y hasta pueden ser objeto de estudio, como todo lo demás. Y es tal el estado de cosas, que por ejemplo en lo que atañe a los periodistas modernos, siempre se disculpan con uno en privado por lo que han escrito contra uno en público.

Durante estos últimos años cabe mencionar dos nuevos adjetivos que han venido a sumarse al precario e indebido vocabulario que usa el público cuando se refiere al arte o a los artistas. El primero es la palabra «insalubre», el segundo es la palabra «exótico». Este último simplemente expresa la cólera de los hongos momentáneos contra el vigor fascinante y exquisito de la orquídea, contra su encanto inmortal. Es un tributo, pero uno que carece de importancia. Sin embargo, la palabra insalubre permite un análisis más profundo ya que es bastante interesante. De hecho, es tan interesante que la gente que la usa no sabe lo que significa.

¿Qué significa? ¿Qué es lo sano o insano en una obra de arte? Todos los términos que se apliquen racionalmente a una obra de arte, deben referirse a su estilo o su tema, o a ambos en conjunto. Desde el punto de vista del estilo, una obra de arte es sana cuando se reconoce la belleza del material que emplea, bien sea las palabras o el bronce; el color o el Marfil, y utiliza esa belleza como un factor en la producción de los efectos estéticos. Desde el punto de vista del tema, una obra de arte sana es aquella cuya elección del tema estuvo condicionada únicamente por el temperamento del artista y se puede inferir que proviene directamente de él. Resumiendo, una obra de arte sana es aquella que tiene personalidad y perfección. Por supuesto, forma y sustancia no pueden separarse en una obra de arte, siempre son la totalidad. Pero si se va a realizar un análisis de una obra de arte, momentáneamente podemos, como lo hacemos ahora, separar sus componentes globales, dividir las impresiones estéticas, con el fin de hacer un estudio más detallado y pormenorizado. Una obra de arte insana, por otra parte, es aquella cuyo estilo es obvio, anticuado y común; cuyo tema no fue escogido deliberadamente por el artista, porque sintió algún placer al realizarla, sino porque pensó que el público podría pagarle por ello. De hecho, la novela popular que el público llama saludable es

siempre una producción bastante insana, mientras que la denominada como insalubre, siempre es una obra de arte bella y saludable.

No hay que negar, ni por un instante, que no deseo quejarme del mal uso que tanto la prensa como el público le dan a estas palabras. No veo cómo, debido a su total ignorancia de lo que es Arte, las puedan emplear correctamente. Simplemente señalo el uso indebido que hacen de ellas. Y la explicación al origen de ese uso indebido es muy sencilla, así como el significado que hay detrás de todo eso también lo es. Proviene de la concepción bárbara de autoridad. Se trata de la incapacidad física de una comunidad corrompida por la autoridad para comprender o apreciar el individualismo. En una palabra, proviene de esa cosa monstruosa e ignorante que se llama la opinión pública, que se ve tan mala en sus buenas intenciones cuando intenta intervenir la acción, que resulta infame en todos los sentidos cuando intenta controlar el Pensamiento o el Arte. De hecho, hay mucho más que decir a favor de la fuerza física del público que a favor de la opinión pública. La primera puede ser fina. La última siempre es estúpida. A menudo se dice que la fuerza no es un argumento. No obstante, todo depende de lo que uno quiera probar. Muchos de los problemas más importantes de los últimos siglos, tales como la continuidad del Gobierno personal en Inglaterra o el feudalismo en Francia, han sido totalmente resueltos por medio de la fuerza física. La violencia propia de una revolución puede darle al público momentáneamente grandeza y esplendor. Fue un día fatal cuando el público descubrió que el lápiz es más contundente que la piedra, y que puede hacerse un arma táctica tan ofensiva como el ladrillo o el bate. Inmediatamente el público buscó al periodista, lo encontraron, lo desarrollaron y le hizo su siervo diligente y bien remunerado. Lo cual es lamentable tanto para uno como para el otro. Detrás de la barricada puede haber mucho de lo que es noble y heroico. ¿Pero lo que hay detrás de los editoriales no es prejuicio, estupidez, desviaciones y sandeces? Y cuando se unen estos cuatro elementos, conforman una fuerza terrible y se constituyen en la nueva autoridad.

Antiguamente los hombres contaban con el potro de tortura, ahora tienen la prensa. Ciertamente eso constituye una mejoría, pero aún es algo muy malo y equivocado, desmoralizante. Alguien, ¿No fue Burke? llamó al periodismo el cuarto poder. En ese tiempo no cabía duda al respecto. Pero en el presente es el único poder, es la única herencia, se ha engullido a los otros tres. Los Lores temporales no dicen nada, los Lores espirituales no tienen nada que decir, y la Cámara de los comunes no tiene nada que decir y lo dice. Estamos dominados por el periodismo. En América el presidente gobierna por cuatro años, pero el periodismo lo hace para siempre. Afortunadamente en América el periodismo ha llevado a su autoridad al extremo, ha sido peor y más brutal. Lo cual trajo como consecuencia natural el fomento del espíritu de rebelión. La gente se divierte o se disgusta con ello, según su temperamento, pero ya no tiene la

verdadera fuerza que tenía antes. Ya no se le toma en serio. En Inglaterra, salvo unas excepciones muy contadas, al periodismo no se le ha permitido llegar a tales excesos de brutalidad, por lo que sigue siendo un factor preponderante, una potencia realmente notable. La tiranía que se propone ejercer sobre la vida privada de la gente me parece que es realmente extraordinaria. El hecho es que el público tiene una curiosidad insaciable por saberlo todo, excepto aquello que sí vale la pena conocer. El periodismo, consciente de ello, y con sus costumbres mercantilistas se dedica a suministrar sus propias demandas. En siglos pasados el público clavaba los oídos de los periodistas en la picota pública. Eso era bastante repugnante. En este siglo los mismos periodistas clavan sus oídos en los ojos de las cerraduras. Eso es mucho peor. Y lo que agrava la travesura es que los que tienen más culpa no son los periodistas divertidos que escriben para lo que se denomina Prensa farandulera. El daño más grave es el que causan los periodistas reflexivos, los serios, los que solemnemente, tal como sucede hoy en día, se arrastran ante los ojos del público mostrando la vida privada de un gran hombre de Estado, de un hombre que es un líder del pensamiento político o un creador de una fuerza política, e invitan a la opinión pública a discutir el incidente, los obligan a ejercer su poder de tal forma que los compelen a que no solo hablen sino que también actúen y le traten de imponer sus ideas a ese hombre, a su partido y a su país; de hecho, a que se pongan en ridículo y hagan todas las ofensas y el daño posible. La vida privada de hombres y mujeres jamás debe ponerse a consideración del público. El público no tiene nada que ver con ello en absoluto. En Francia administran mejor estos asuntos. Allí no permiten que se publiquen detalles sobre los juicios de divorcio para entretenimiento o crítica del público. Lo único que se le permite saber a las personas es si se concedió el divorcio o no, a favor de una o de ambas partes, según lo convenido por el juez. En Francia, de hecho, limitan al periodista y le permiten una perfecta libertad al artista. Aquí le permiten una absoluta libertad al periodista y limitan totalmente al artista. Es decir, la opinión pública inglesa intenta limitar, frenar y deformar al hombre que hace obras que son bellas, mientras que al periodista lo obliga a detallar las cosas que son feas y repugnantes, horribles de hecho, hasta el punto de que tenemos los periodistas más dedicados y los periódicos más indecentes del mundo. No es exagerado hablar de coacción. Probablemente haya algunos periodistas que sientan un auténtico placer en la publicación de cosas horribles, o que, por ser pobres, miren los escándalos como forma permanente para tener ingresos. Pero estoy seguro de que hay otros periodistas educados y cultos a los que realmente no les gusta publicar esa clase de cosas; y, saben que es erróneo hacerlo, pero lo hacen porque las condiciones insalubres en las que se desenvuelve su profesión, los obliga a suministrarle al público lo que desea, y a competir con otros periodistas en la producción de esa mercadería para satisfacer, a como dé lugar, el bruto apetito

popular. Colocarse en tal situación resulta muy degradante para hombres educados y cultos, y no tengo duda alguna de que la mayoría de ellos la rechaza enérgicamente.

Pero dejemos de lado este aspecto tan sórdido del tema y volvamos a la cuestión del control popular en materia de Arte, es decir a la pretensión de la Opinión Pública de dictarle al artista lo que debe o no debe ejecutar, lo que debe crear, el modo en que debe hacerlo y los materiales que debe emplear. Ya he señalado que las artes que han salido mejor libradas en Inglaterra son aquellas en las que el público no ha mostrado ningún interés. Sin embargo, les interesa el teatro, y como en los últimos diez o quince años ha habido un cierto avance en el teatro, es importante señalar que este progreso se debe plenamente a unos cuantos artistas originales que se niegan a aceptar el pésimo gusto del público, y que, además, rechazan tajantemente que el Arte sea tratado como una mera cuestión de oferta y demanda. Con su maravillosa y vivida personalidad, acompañada por un estilo que realmente posee un verdadero colorido, y que además posee un extraordinario poder, tanto en la mímica como en su imaginación creativa donde pone al servicio del drama todas las artes del intelecto, el Señor Irving, de haberse propuesto como único fin darle al público lo que pedía y tras haber producido las obras más comunes y la forma más ordinaria posible, hubiese tenido tanto éxito y dinero como ningún hombre hubiese podido desear. Pero su objetivo no era otro que el de realizar su propia personalidad como artista bajo determinadas condiciones y con determinadas formas de Arte. Al principio hace un llamado a unos pocos, ahora puede decirse que ha educado a la mayoría. Él ha creado en la opinión pública tanto sabor como temperamento. El público aprecia su éxito artístico inmensamente. No obstante, me pregunto a menudo si el público entiende que ese éxito se debe al hecho de que él no aceptó sus criterios sino su propia individualidad. Con los estándares impuestos por el público el Lyceum hubiera sido un escenario de segundo orden, como lo son algunos de los teatros populares de Londres en la actualidad. Sin embargo, lo entiendan o no, el hecho es que el buen gusto y el temperamento artístico, hasta cierto punto, le han sido inculcados al público, y ahora el público es capaz de desarrollar esas cualidades. La cuestión es: ¿Por qué no hacemos que el público sea más civilizado? Si tiene la capacidad para serlo, ¿Qué lo detiene?

Lo que se lo impide, debo repetirlo, es su deseo de ejercer autoridad sobre el artista y sobre las obras de Arte que todo creador pretende realizar. A ciertos teatros como el Lyceum y el Haymarket, el público parece que siempre va con buena disposición. En ambos teatros ha habido artistas individuales que han logrado crear en sus audiencias —y cada teatro de Londres tiene su propio público— un temperamento adecuado a los llamamientos del Arte. ¿Y cuál es ese temperamento? Es el temperamento de la receptividad. Eso es todo. Si un hombre se acerca a una obra de arte con cualquier deseo de ejercer autoridad

sobre ella y el artista, lo haría con un enfoque tan sesgado en el espíritu, que no podría recibir ninguna impresión artística de la obra. La obra de arte debe dominar al espectador y no el espectador la obra de arte. El espectador debe ser receptivo. Debe ser el violín que ejecuta el maestro. Y en cuanto más suprime sus propios puntos de vista tontos, sus prejuicios estúpidos, sus propias ideas absurdas de lo que debe o no debe ser Arte, probablemente pueda comprender y apreciar mejor cualquier obra de arte. Y esto, por supuesto, resulta más evidente en el caso del público vulgar en Inglaterra que asiste a las funciones de teatro, tanto hombres como mujeres. Pero también es cierto en lo referente a las personas educadas. Naturalmente, para una persona educada las ideas de Arte provienen de los conceptos que en antaño se tenían sobre el Arte. No obstante, la obra de arte nueva es bella por ser lo que antes no había sido; y medirla según los estándares del pasado sería medirla con parámetros que rechazarían su perfección real actual. Un temperamento capaz de recibir, a través de un medio imaginativo y en condiciones imaginativas, impresiones nuevas y hermosas es el único temperamento capaz de apreciar una obra de arte en su totalidad. Y si esto es cierto en el caso de la apreciación de la escultura y la pintura, es aún más cierto cuando se trate de apreciar otras artes, como por ejemplo el teatro. Porque un cuadro y una estatua no están en guerra contra el tiempo. No tienen en cuenta su transcurrir. En un instante se puede aprehender toda su unidad. El caso de la literatura es diferente. Hay que recorrer cierto espacio de tiempo antes de darse cuenta de la unidad de efecto. Y por lo tanto, en el drama, puede ocurrir que en el primer acto de la obra el espectador no evidencie su verdadero valor artístico hasta que no hayan concluido el tercero o cuarto acto. ¿Entonces, por eso, el compañero estúpido tiene derecho a enojarse, a perturbar la representación y a molestar a los artistas? No. El hombre honesto permanecerá sentado tranquilamente, en silencio, deleitándose con las deliciosas emociones y maravillas ofrecidas por la curiosidad y el suspenso. No asiste a la obra para dejarse perder por un temperamento vulgar, sino que irá para darse cuenta del temperamento artístico y para aprender y obtener un poco de ese temperamento. El no asiste a una función para ser un árbitro de la obra de arte. Él es el único llamado a contemplar la obra de arte, y, si la obra tiene finura y belleza, debe olvidar el egoísmo marciano que habita en él —el egoísmo de su ignorancia, el egoísmo de su conocimiento, de su búsqueda. Este aspecto del teatro es casi desconocido para mí. Comprendo perfectamente que si Macbeth se llegase a representar por primera vez ante una audiencia londinense moderna, muchas de las personas asistentes se opondrían vigorosa y firmemente a la introducción de los diálogos de las brujas en el primer acto, con sus frases grotescas y sus palabras ridículas. Pero cuando culmina la obra uno se da cuenta de que la risa de las brujas en Macbeth es tan terrible como la risa de la locura en el Rey Lear o más terrible que la risa de Yago en la tragedia El

Moro. El espectador del arte necesita un estado de ánimo tan perfecto de receptividad como el que posee el espectador de un juego. El momento en que busca ejercer su poder sobre el Arte, se convierte en el enemigo declarado del Arte y de sí mismo. No cuenta para el Arte. Él es quien sufre. Con la novela ocurre lo mismo. La autoridad del público y el reconocimiento de dicha autoridad son fatales. El Esmond de Thackeray es una hermosa obra de arte porque fue escrita para su propio placer. En sus otras novelas, en Pendennis, en Philip, incluso en La feria de las vanidades, a veces, se preocupa demasiado por la opinión y estropea su trabajo apelando directamente a la simpatía del público, o bromeando directamente con ellos. Un verdadero artista no tiene en cuenta para nada al público. El público para él no existe. No lleva opio ni pasteles de miel para darle de comer al monstruo y así adormecerlo. Deja eso para el novelista popular. Ahora tenemos en Inglaterra un novelista incomparable, el señor George Meredith. Hay artistas mejores en Francia, pero allí ninguno tiene un punto de vista de la vida tan amplio, tan variado y tan verdaderamente imaginativo. Tal vez en Rusia haya escritores que posean un sentido más intenso de lo que puede ser el dolor en la ficción. Pero Meredith domina la filosofía de la ficción. No es que sus personajes simplemente vivan, sino que además viven en el pensamiento. Uno puede verlos desde múltiples puntos de vista. Ellos son sugerentes. Hay alma en ellos y a su alrededor. Son interpretativos y simbólicos. Y quien los creó, a esas maravillosas y ágiles figuras, lo hizo por su propio gusto y para su regocijo individual. Jamás le preguntó al público lo que deseaba, ni se preocupó por saberlo, nunca les permitió que le dictaran o influyeran sobre él en modo alguno. Y así fue intensificando su propia personalidad, produciendo su propia obra individual. Al principio nadie vino a él. Eso no le importó. Luego unos pocos empezaron a llegar. Ese hecho no lo cambió en absoluto. Luego vinieron más. Y él siguió siendo el mismo. Es un novelista incomparable.

Ocurre lo mismo con las artes decorativas. El público se aferraba, con una tenacidad realmente patética, a las tradiciones directas de lo que yo llamaría La Gran Exposición Internacional de la vulgaridad, tradiciones tan horribles que las casas donde la gente vivía sólo eran aptas para que fuesen habitadas por ciegos. Luego empezaron a hacerse cosas bellas; salieron hermosos colores de la mano del tintorero, preciosos dibujos provenientes del cerebro del artista, y se fortaleció la costumbre de darle valor e importancia a las cosas bellas. Pero el público realmente se indignó. Perdió la paciencia. Empezó a decir estupideces. Nadie se preocupó de él. Nadie aceptó la autoridad de la opinión pública, Y ahora es virtualmente imposible entrar en una casa moderna sin que se deje de observar cierto reconocimiento de buen gusto, se reconoce el valor que se presta a la seducción del ambiente, siempre hay algún signo de aprecio por la belleza. De hecho, hoy en día las casas de la gente son, por regla general, muy encantadoras. Las personas, en gran medida, han sido

civilizadas. Este logro no se debe justamente a un ejercicio del Estado. El éxito extraordinario de la revolución en la decoración de las casas, de su mobiliario y demás enseres tampoco se debe al desarrollo del buen gusto en estas materias por parte del público. Se debe al hecho de que los artesanos han empezaron a sentir tanto placer al realizar cosas hermosas y tomaron tanta conciencia de las cosas horripilantes y vulgares que deseaba el público que se negaron a continuar satisfaciéndole su pésimo gusto. Actualmente resulta imposible amoblar una habitación como se concebía hasta hace pocos años, a no ser que se vaya a una subasta de muebles de segunda mano procedentes de cafetines o de cuchitriles de tercera clase. Ya no se fabrican esos cachivaches espantosos. Aunque las personas se opongan, hoy en día la gente siempre tiene algo encantador a su alrededor. Afortunadamente para ellos, el intento de ejercer su autoridad en estos asuntos fracasó completamente. Es evidente que ejercer la autoridad en esta clase de temas es absolutamente contraproducente. A veces las personas se preguntan cuál es la forma de gobierno más adecuada en la que puede vivir un artista. Esta pregunta tiene una sola respuesta: La forma de gobierno más adecuada para un artista es la ausencia total de gobierno. La autoridad que se pueda ejercer sobre él y sobre su arte es absolutamente ridícula. Se ha llegado a declarar que bajo el despotismo los artistas han llegado a producir obras preciosas. Esto no es del todo cierto. Algunos artistas han visitado a los déspotas, no como sujetos a ser tiranizados, sino como realizadores errantes de maravillas, como personalidades vagabundas, entretenidas, encantadoras y sufridas que había que dejar en paz para que pudiesen crear. Lo que puede decirse a favor del déspota, es que siendo él un individuo puede tener cultura, mientras que la multitud, siendo un monstruo, jamás la tendrá. Uno que es rey o emperador puede detenerse a recogerle el pincel a un pintor, pero cuando la democracia se detiene a recoger algo, siempre es el Iodo que le va a lanzar a cualquier artista. Y sin embargo, la democracia no está llamada a bajarse tanto como el emperador. De hecho, cuando desean tirar barro no tienen la necesidad de parar en absoluto. Pero, después de todo, no hay necesidad de establecer diferencias entre la monarquía y la multitud; toda autoridad es igualmente mala.

Hay tres clases de déspotas. El déspota que tiraniza el cuerpo. El déspota que tiraniza el alma. El déspota que tiraniza el Alma y el cuerpo por igual. El primero se llama al Príncipe. El segundo se llama el Papa. El tercero se llama el pueblo. El Príncipe puede ser culto: muchos príncipes lo han sido. Sin embargo, el Príncipe es el más peligroso de todos. Pienso en Dante asistiendo a la amarga fiesta en Verona, en Tasso encerrado en el calabozo de Ferrara. Es mejor para el artista abstenerse de vivir con príncipes. El Papa puede ser culto: muchos Papas lo han sido, los peores Papas lo han sido. Los Papas malos han amado la belleza, incluso tan apasionadamente como los Papas buenos han detestado el pensamiento. A la maldad del Papado la humanidad le debe

mucho. La bondad del Papado tiene una espeluznante deuda con la humanidad. Sin embargo, aunque el Vaticano haya mantenido la retórica de sus estruendos y perdido la varita de sus relámpagos, es mejor para el artista no vivir con Papas. Fue un Papa quien dijo de Benvenuto Cellini, en un Conclave cardenalicio, que las leyes comunes y la autoridad común no estaban hechas para hombres como él; pero fue también un Papa que lanzó a la cárcel a Cellini y lo mantuvo allí hasta que enloqueció, y la rabia le hizo tener visiones irreales de sí mismo, y vio al sol dorado introducirse en su recinto. Se enamoró tanto de él que trató de escapar de torre en torre hasta que cayó a través del aire mareado del amanecer. Lesionado, fue recogido por un viñador, amante de las cosas hermosas, quien lo montó en un carro y lo llevó cubierto con parras para cuidar de él hasta que lo curó. Es peligrosa la proximidad de los Papas. Y en cuanto al pueblo, ¿Qué decir de él y de su autoridad? Tal vez de ellos y de su autoridad ya se ha hablado suficiente. Su autoridad es una cosa ciega, sorda, odiosa, grotesca, trágica, divertida, grave y obscena. Es imposible para el artista convivir con el pueblo. Todos los déspotas sobornan. Pero el pueblo soborna y embrutece. ¿Quién le dijo que podía ejercer la autoridad? Fue creado para vivir, escuchar y amar. Al desviarle su razón de ser, alguien le ha hecho un gran daño. Se han deformado al imitar a sus inferiores. Ha tomado el cetro del príncipe, ¿pero ¿cómo utilizarlo? Ha tomado la tiara del Papa. Pero ¿cómo debe llevar esa carga? Se ve como un payaso al que le han roto el corazón. Es como un sacerdote al que aún no le nace el alma. Permitan que todos los amantes de la belleza lo compadezcan. Aunque no ame la belleza, que se compadezca de sí mismo. ¿Quién le enseñó el truco de la tiranía?

Hay muchas cosas todavía que podrían señalarse. Por ejemplo, el Renacimiento fue grandioso porque no se dedicó a resolver ningún problema social, se ocupó de sí mismo y no de cuestiones baladíes, permitió que el individuo se desarrollase libre, bella y naturalmente, lo que trajo como consecuencia el nacimiento de grandes artistas, hombres originales e inigualables. También podría señalar cómo Luis XIV al crear el Estado moderno destruyó el individualismo del artista, hizo cosas en su monotonía de repetición, y despreciables en su conformidad con la regla. Destruyó en toda Francia esas finas libertades de expresión que habían dado a la tradición una nueva belleza y nuevos modelos con las formas antiguas. Pero el pasado no tiene importancia. El presente no tiene importancia. Es al futuro al que debemos prestarle atención, al que nos tenemos que dedicar. Es el pasado lo que el hombre nunca debería haber sido. El presente es lo que el hombre no debería ser jamás. El futuro es lo que son los artistas.

Por supuesto, se dirá que ese régimen que planteo en estas líneas es bastante impráctico y que va en contra de naturaleza humana. Eso es perfectamente válido. Es impráctico y va en contra de naturaleza humana. Es

por esto que vale la pena llevarlo a cabo, debido a esa razón es que lo propongo. ¿Porque es un esquema práctico? Un esquema práctico es un esquema queja existe, o un esquema que podría llevarse a cabo bajo las condiciones existentes. Pero son exactamente esas condiciones existentes a las que uno se opone, y cualquier régimen que acepte esas condiciones es erróneo y absurdo. Si se desechan esas condiciones cambiará la naturaleza humana. Lo único que se sabe a ciencia cierta sobre la naturaleza humana es que cambia. El cambio es la única cualidad que podemos deducir de ella. Los sistemas que fracasan son aquellos se basan en la inalterabilidad de la naturaleza humana y no en su crecimiento y desarrollo. El error de Luis XIV fue que pensaba que la naturaleza humana siempre sería la misma. El resultado de su error fue la Revolución francesa. Fue un resultado admirable. Todos los resultados de los errores de los gobiernos son totalmente admirables.

También cabe señalar que el individualismo no viene al hombre con cualquier inclinación enfermiza sobre el deber, que significa simplemente hacer lo que las otras personas desean porque así lo quieren; o cualquier otro tipo de inclinación espantosa acerca de la abnegación, que es simplemente una supervivencia de la mutilación salvaje. De hecho, jamás se aproxima al hombre con alguna clase de reclamo sobre él Surge, inevitablemente, del mismo hombre de forma natural. El individualismo es el punto hacia el que debe tender todo desarrollo. Es la diferenciación que alcanzan todos los organismos. Es la perfección inherente a cada modo de vida y hacia la que cada modo de vida avanza aceleradamente. Y así el individualismo no ejerce imposición alguna sobre el hombre. Por el contrario, le dice que él no debería sufrir ninguna clase de coacción. No se esmera en obligar a la gente a ser buena. Sabe que las personas son buenas cuando son ellas mismas, cuando se les permite ser ellas mismas. El hombre desarrollará el individualismo por sí mismo, es lo que actualmente se encuentra haciendo. Preguntar que si el individualismo es práctico es tan absurdo como preguntar que si la evolución es práctica. La evolución es la ley de la vida, y no hay ninguna evolución que no vaya hacia el individualismo. Cuando se observa que esta tendencia no se expresa es porque se debe estar presentando un caso de crecimiento artificial o es porque se halla detenido el proceso, o se halla a punto de enfermar o de morir.

El individualismo también será desinteresado y jamás se verá afectado. Se ha señalado que una de las extraordinarias secuelas de la tiranía ejercida por la autoridad es que las palabras son absolutamente distorsionadas en su simple y adecuado significado, y son usadas de forma que expresan absolutamente lo contrario de su correcta significación. Lo que es verdadero para el Arte es así mismo verdadero para la vida. En la actualidad se tilda de afectado a un hombre que se viste a su gusto. Pero al hacerlo de esa manera está actuando con absoluta naturalidad. En este sentido, se debería llamar afectación al

hecho de vestirse con arreglo a las opiniones del prójimo, cuyos puntos de vista, como los puntos de vista de la mayoría, probablemente serán muy estúpidos. O a un hombre se le llama egoísta si vive de acuerdo a un orden que él considera adecuado para el desarrollo de su propia personalidad. De hecho, lo califican si el objetivo principal de su vida es autodesarrollo. Pero este es el sentido que todo el mundo debería escoger para vivir. El egoísmo no consiste en vivir como uno desea, sino en indicarles a los otros cómo es que deben vivir. El altruismo consiste en permitirle a los otros vivir a su gusto, no interferir en su desarrollo individual. El egoísmo siempre tiene como objeto crear alrededor de sí una uniformidad absoluta de modelos. El altruismo al observar una variedad infinita de tipos, ve eso como un hecho absolutamente encantador: lo acepta, lo consiente y lo disfruta. No se puede considerar egoísta el hecho de pensar por sí mismo. El hombre que no piensa en sí mismo no piensa. Es totalmente egoísta pretender que el prójimo piense de la misma manera y exprese las mismas opiniones que uno. ¿Por qué debería hacerlo? Si puede pensar en él, probablemente será porque piensa diferente que uno. Si no piensa, sería monstruoso requerirle cualquier clase de pensamiento. Una rosa roja no es egoísta por querer ser una rosa roja. Ella sería terriblemente egoísta si deseara que todas las otras flores del jardín fueran rojas y rosas. En virtud del individualismo las personas serán bastante naturales y absolutamente desinteresadas, conocerán el significado de las palabras y lo desarrollarán libremente en sus vidas hermosas. Ningún hombre será egoísta como ahora. Egoísta es aquel quien le reclama a otros que no sean como él es, al individualista jamás se le ocurrirá eso, pues no le producirá ningún placer. Cuando el hombre se haya dado cuenta de la importancia del individualismo y lo desarrolle, también se dará cuenta de la compasión del prójimo y la desarrollará libre y espontáneamente. Hasta ahora el hombre no ha cultivado en absoluto la compasión. Simplemente ha tenido compasión con el dolor, y esa no es la forma más elevada de compasión. Toda compasión es hermosa, pero la menos hermosa es la compasión por el sufrimiento. Se halla contaminada por el egoísmo. Es apta para convertirse en morbosa. Por nuestra propia seguridad hay en ello cierto grado de terror. Nos sentimos aterrados de solo pensar que podemos convertirnos en leprosos o en ciegos o en que ya nadie va a cuidar de nosotros. Curiosamente eso nos limita demasiado. Uno debe tener compasión con la totalidad de la vida, no con las úlceras de la vida o con sus enfermedades simplemente, sino con la alegría, la belleza, la energía, la salud y la libertad de la vida. La compasión más amplia es, por supuesto, la más difícil. Se requiere más altruismo. Nadie deja de tener cierta compasión con los sufrimientos de un amigo; se requiere, de hecho, de una naturaleza muy fina, de una verdadera naturaleza individualista, para apoyar y complacerse con los éxitos de un amigo. En el estrés moderno de la competencia y la lucha por un puesto, esa simpatía es naturalmente rara, tal

simpatía se ve bastante sofocada por la idea inmoral de uniformidad, por la clase de conformidad con la norma que prevalece en todas partes, y quizá donde es más detestable es en Inglaterra.

Por supuesto siempre existirá compasión por el dolor. Es uno de los instintos primitivos del hombre. Los animales que son individuales; es decir, los animales superiores comparten eso con nosotros. Pero debemos recordar que si bien la compasión con alegría intensifica la suma de la alegría en el mundo, la compasión con dolor realmente no disminuye la cantidad de dolor. Puede hacer que el hombre soporte mejor el mal, pero sigue siendo el mal. La compasión por la tuberculosis no la cura, pero la ciencia sí puede hacerlo. Cuando el socialismo resuelva el problema de la pobreza y la ciencia resuelva el problema de la enfermedad el círculo de sentimentalistas quedará reducido, y la compasión del hombre será amplia, saludable y espontánea. El hombre será feliz contemplando la vida alegre de los otros.

Es a través de la alegría que el individualismo del futuro se desarrollará así mismo. Cristo no hizo ningún intento de reconstruir la sociedad, y en consecuencia el individualismo que El predicó al hombre podría realizarse sólo a través del dolor o en soledad. Los ideales que le debemos a Cristo son los ideales del hombre que abandona totalmente la sociedad o del hombre que se resiste a la sociedad completamente. Pero el hombre es sociable por naturaleza. Por eso mismo La Tebaida misma terminó poblándose. Y aunque el cenobita desarrolle su personalidad y sea consciente de ella, a menudo será una personalidad empobrecida. Por otra parte, esa espantosa verdad de que el dolor es una forma de vida mediante la cual el hombre puede darse cuenta de sí mismo siempre ha ejercido una fascinación maravillosa sobre el mundo. Los oradores superficiales y los pensadores superficiales en sus púlpitos y en sus plataformas, hablan a menudo del culto que tiene el mundo por el placer, y protestan contra ello. Pero rara vez en la historia del mundo la humanidad ha tenido como ideal la alegría y la belleza. La adoración del dolor, con mucha más frecuencia, es lo que ha dominado al mundo. Durante el Medioevo, con sus santos y mártires, su amor por la auto flagelación, su pasión salvaje por sí mismos, las heridas profundas que se infligieron con cuchillos, con azotes y con varas hace ver como si el Medioevo fuera el cristianismo real y que el Cristo medieval sea el Cristo verdadero. Cuando llegó el renacimiento al mundo trayendo consigo los nuevos ideales de belleza y de la alegría de vivir, los hombres no pudieron entender a Cristo. Incluso el Arte nos lo demuestra. Los pintores del Renacimiento representaron a Cristo como un niño que jugaba con otros muchachos en un Palacio o en un jardín o tendido en los brazos de su madre con una sonrisa hacia ella o sosteniendo una flor o un pájaro resplandeciente; o como una figura imponente y señorial que noblemente recorre el mundo; o como una maravillosa figura que surge en una especie de éxtasis de la muerte hacia la vida. Incluso cuando lo pintan

crucificado lo hacen como un Dios hermoso al que los hombres han torturado. Pero a Él, en sí mismo, no le prestan mucha atención. Lo que más les complacía era representar a los hombres y a las mujeres que ellos admiraban y para mostrar el cariño de esta tierra preciosa. Pintaron muchas imágenes religiosas, de hecho, demasiadas; y la monotonía del tipo y del motivo era tan pesada que terminó por ser perjudicial para el Arte. Este fue el resultado de la autoridad que ejercía la opinión pública en materia de arte, y eso era deplorable. Pero su alma no se hallaba representada en cada uno de los cuadros que pintaban. Rafael fue un gran artista cuando pintó el retrato del Papa. Cuando pintó la Madona y sus Niños Jesús no era un gran artista en absoluto. Cristo no tenía ningún mensaje para el Renacimiento, y este fue maravilloso porque trajo un ideal diferente al ideal cristiano, y para hallar la verdadera representación de Cristo hay que ir al arte medieval. En este se ve como un hombre mutilado y mancillado; uno que no es atractivo para examinar porque la belleza es una alegría; uno que no está vestido con elegantes indumentarias, porque el gusto y la elegancia también son un goce; es un mendigo que tiene un alma maravillosa; es un leproso cuya alma es divina; él no necesita ni propiedad ni salud; es un Dios que da cuenta de su perfección a través del dolor.

La evolución del hombre es lenta. La injusticia de los hombres es enorme. Era necesario que el dolor fuera presentado como un modo de autorrealización. Incluso ahora en algunos lugares del mundo es necesario el mensaje de Cristo. Probablemente nadie que vivía en la Rusia moderna pueda darse cuenta de su perfección excepto por el dolor. Algunos artistas rusos se han dado cuenta de sí mismos en el Arte, pero es una ficción que es medieval debido a su naturaleza, porque la nota dominante en sus obras es la realización del ser humano a través del sufrimiento. Pero para aquellos que no son artistas, y para los que no conocen ningún otro modo de vida salvo la que les brinda su realidad, el dolor es la única puerta hacia la perfección. Un ruso que viva felizmente bajo el actual sistema de gobierno de su país, también debe creer que el hombre no tiene alma; o que si la tiene, no vale la pena desarrollarla. Un nihilista que rechaza toda autoridad, porque sabe que de la autoridad deviene todo, y que saluda a todo sufrimiento, porque a través de ese estado es consciente de su personalidad, es un verdadero cristiano. Para él, el ideal cristiano es una verdad absoluta.

Y sin embargo, Cristo no se reveló contra la autoridad. Aceptó la autoridad ejercida por el Imperio Romano y le pagó tributo. Él soportó la autoridad eclesiástica de la Iglesia judía y no pudo oponerse con violencia a la violencia. Como ya he dicho antes, no tenía un plan para la reconstrucción de la sociedad. Pero el mundo moderno tiene planes. Propone acabar con la pobreza y con el sufrimiento que ella trae consigo. Desea deshacerse del dolor y del sufrimiento que implica el dolor. Confía en los métodos del socialismo y de la

ciencia. Lo que pretende es un individualismo que se exprese a sí mismo a través de la alegría. Este individualismo será más amplio, más completo, más amoroso que cualquier otro individualismo que haya existido hasta ahora. El dolor no es el mejor modo de perfección. Simplemente es provisional y una protesta. Hace referencia a los ambientes equivocados, insalubres, injustos. Cuando el mal, la enfermedad y la injusticia desaparezcan el dolor no tendrá lugar en la sociedad. Ha cumplido su misión. Fue un gran trabajo, pero ya no se necesita de él, ha concluido. Su campo de acción disminuye día a día.

El hombre tampoco lo extrañará. Porque lo que el hombre ha buscado para sí no es el dolor o el placer sino la vida. El hombre ha intentado vivir intensamente, plenamente, perfectamente. Cuando pueda hacerlo sin ejercer ninguna clase de coacción a los demás, también dejará de sufrir, y sus actividades serán absolutamente agradables para él, quien, por ese motivo, se va tornar más saludable, más civilizado, podrá ser él mismo. El placer es la prueba de la naturaleza, su signo de aprobación. Cuando el hombre sea feliz, estará en armonía con él y con su entorno. El nuevo individualismo, por el que trabaja actualmente, quiéralo o no el socialismo, traerá como consecuencia una perfecta armonía. Era lo que los griegos deseaban para ellos, pero que no lograron comprender ni alcanzar en su totalidad, salvo en la esfera del pensamiento, porque tenían esclavos y debían alimentarlos; será lo que buscaba el Renacimiento, pero que no pudo realizar completamente, excepto en el arte, porque tenía esclavos y los dejaban morir de hambre. Será un individualismo completo, y a través de él cada hombre alcanzará su perfección. El nuevo Individualismo será el nuevo Helenismo.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es